

S. KEY AYALA

LOS NOMBRES DE LAS ESQUINAS DE CARACAS

Tradiciones y Tradicionistas. - Contribución
al Folk-lore Venezolano



M 205 P 223; M 252 P 248

E/3

IMPRENTA BOLIVAR
CARACAS — 1926

S. KEY AYALA

*En affinis - am
eslog*

Vicente

LOS NOMBRES DE LAS ESQUINAS DE CARACAS

Tradiciones y Tradicionistas. - Contribución
al Folk-lore Venezolano



IMPRENTA BOLIVAR
CARACAS — 1926

TRADICIONES Y TRADICIONISTAS

Caracas! Ciudad multiforme y seductora, que impones el amor de tu suelo al que en ti vió la luz primera, y atraes, con el imán de tu gloria, de tu cielo de sutil diaphanidad, de tus rosas y de tus árboles, de tus mujeres de ojos inquietantes, al que una vez siquiera llega a contemplarte.

.....
Tus esquinas, de nombres extraños y sugestivos, están pidiendo un Ricardo Palma que en áurea prosa recoja el tesoro de tus tradiciones.

RAIMUNDO RIVAS.—Lecturas Históricas.

Entre las bellas saluciones que han dirigido a esta ciudad de Caracas sabios, artistas y escritores, habrá de recordarse como una de las más hermosas y emotivas, la de nuestro distinguido amable huésped el doctor Raimundo Rivas, Ministro de Colombia. Acabo de releerla y me detengo en una frase que es una invitación y fuera reproche si caber pudiera en la intención de quien, con voz tan alta y de tanta armonía, celebra a los hijos del Avila y a Venezuela toda: "Tus esquinas, de nombres extraños y sugestivos, están pidiendo un Ricardo

Palma que en áurea prosa recoja el tesoro de tus tradiciones". Nobleza manda. Y la noble curiosidad con que nuestro huésped ha querido internarse —y ya se ha internado— en el alma de la ciudad, está mandando que un hijo de Santiago de León converse con él sobre los nombres de las esquinas de Caracas.

Cierto. No hemos tenido un Ricardo Palma que en áurea prosa y, sobre todo, con sabroso ingenio, travieso y picaresco, haya narrado por sistema las tradiciones de la ciudad. En tradiciones ni en tradicionistas a la manera de Palma, somos ricos. No fué Caracas centro de esplendores y grandeza a la hora de la conquista, ni en la colonia, como lo fué el Cuzco y lo fué Lima, cuya imagen, antes soñada, se concretó a mis ojos en realidad patente, en los días inolvidados del centenario de Ayacucho. Pobre, y en cierto modo encerrada en sí misma, fué Caracas, salvo accidentales paréntesis, durante la colonia, hasta que la tarde del siglo XVIII la encendió en fulgores rojos, rojos como sus fastuosos crepúsculos; rojo de sol y de sangre, de gloria y de martirio. Escasas resultan las tradiciones de la colonia. Más numerosas las de la fiebre revolucionaria. Y gracias a la vida, la educación y la cultura, rica puede ser la cosecha tradicionista de las generaciones que vienen; ello si no seguimos los caminos, voluntarios o forzados, de nuestros abuelos y nuestros padres, en cuyas manos se perdieron efectivos tesoros de recuerdo.

Mas no se entienda por miseria nuestra pobreza. No anidó entre nosotros para eso de las tradiciones, la musa alada y un tanto ligera de Ricardo Palma. El cariz de nuestra vida hizo a la tradición escrita más ingenua y más grave, sin que falte la nota sonriente y picaresca. La historia ha salido gananciosa. Matrona severa, ve con amor y recelo a un tiempo, las aventuras de la tradición, su hermana y compañera. Con ella se regocija, en ella se apoya cuando padece desmayos; pero teme sus travesuras

y abomina sus malas aunque alegres compañías, el cuento, la calumnía y la leyenda.

Si hubo entre nosotros quienes salvarsen a la vez el decoro de su generación y los recuerdos de sus antecesoras. Uno, sobre todos. Su prosa, sin ser áurea, tiene "la virtud del pan y el agua: no cansar", según pedía otro peruano ilustre, por cierto nada amigo de don Ricardo. Tuvo la gravedad cariñosa y candorosa del abuelo, la fecundidad del patriarca, el decoro del historiador. Don Aristides ha salvado buena parte de las tradiciones de la ciudad. Aquí y allá, en sus incontables trabajos, rinden el secreto de sus "nombres extraños y sugestivos", muchas esquinas. Reléanse "El Cují de Casquero", "El Cuadrilátero histórico", "Un intendente escalador". Tosta García, de fácil vena, de naturalidad harto democrática a las veces, nos legó en la larga serie de sus libros, dignos de ser más conocidos, cuadros tradicionistas y evocaciones bien coloreadas. Joyas del género, con diversos caracteres, son su hermosa leyenda "El puente de los Suspiros" y la tradición de "Ño Miguelacho". Andrés Aurelio Level nos dió la rara efigie de Ño Morían, resumen de una época. Teófilo Rodríguez, no sólo compiló tradiciones de diversos escritores, sino las escribió él mismo con acierto, y su nombre salvo será del olvido como uno de los conscientes fundadores de los estudios folklóricos en Venezuela. Y sin agotar el desfile, quede para cerrarlo ahora, quién a todos aventaja en la gracia, la flexibilidad del estilo, y la variedad de los recursos. Nadie como él responde al reclamo de nuestro huésped. Quién retrató de cuerpo vivo a Godoy, "el príncipe de los porteros"; el psicólogo travieso de "Serian de hojalata..." quién hizo hablar de lo lindo y con tanto donaire y color, a don Silvestre Montañés, bien probó que hubiera podido empuñar la pluma de Palma, si la política, el periodismo y el propio temperamento no lo hubieran robado al amor de los papeles viejos. Con todo, Bolet Peraza nos dejó cuadros imperecederos del viejo Caracas, de cuando se ha-

cía el camino de La Guaira en mulas de alquiler; el Caracas de las "entradas a Jerusalén" y las escenas picantes del teatrillo del Maderero.

No es obra de grande aliento ni de estirpe ciélopea reconcentrar los datos dispersos que existen, ya contados en prosa llanísima, ya con bello y animado estilo, sobre las esquinas de Caracas. Quien esto escribe lo viene realizando como parte de un estudio de mayor amplitud y diversa tendencia. Rastreando en las crónicas, aprovechando la tarea de los antecesores y completándola, hemos llegado a formar el expediente de casi todas las esquinas viejas y de muchas que han venido naciendo, puede decirse a nuestra vista. Trabajo no rematado aún y que ofrece algunos puntos dudosos. Ciertas tradiciones son erróneas. Para algunas esquinas, dos tradiciones igualmente probables han llegado hasta nosotros. Con todo, tomando en conjunto la nomenclatura popular, y arrojando el riesgo de las rectificaciones por menor, se puede comprender el mecanismo por el cual ha bautizado Caracas sus esquinas y otros sitios públicos. Podemos sorprender al pueblo en pleno e ingenuo trabajo de creación de esos "nombres extraños y sugestivos", que han atraído con razón tanta el espíritu artista y analista de nuestro huésped.

Para internarse en el alma de una ciudad se abren dos caminos. Por el uno va veloz el artista, iluminando los recodos oscuros con la luz que él mismo lleva, tal como el cocuyo inmortal de Gutiérrez González. Por el otro va, con más tardo paso, el analista. Clasifica, mide, compara, deduce. El artista se apodera de la esencia y conquista el alma del pueblo en violento asalto. El folklorista toma la ciudad, paso a paso, casa por casa, calle por calle, en lento y dilatado esfuerzo.

Yo invito al doctor Rivas a dispensarme el honor de su amable compañía en un ensayo por este camino. Ensayo que, antes informe, se ha concretado al rayo de luz de su bella salutación a mi ciudad nativa. Llega a la hora mejor, cuando celebra-

mos a una sola voz y con un solo corazón el primer centenario del día en que Santiago de León de Caracas dió al sol del Avila, para que la amase y la honrase y exhibiese los tesoros de su alma patricia, a nuestro grande, bueno y sabio Aristides Rojas. La pobreza del ensayo en cuanto ofrenda—esquivez de la musa, adversidad de los dioses—no será parte a que los manes invocados la rechacen. El nombre de la ciudad, y el nombre de nuestro huésped, caraqueño de adopción e hijo de una tierra que sintió con nosotros el definitivo silencio de Aristides Rojas, amparará el ensayo y obrará la maravilla de quemar con el fuego sagrado cuanto en él pueda resultar en ceniza o escoria.


CONTRIBUCIÓN AL FOLKLORE CARAQUEÑO

*Al doctor Raimundo Rivas, en el
primer centenario de Aristides Rojas.*

Abusando de una figura retórica, llamamos en Caracas "esquina" lo que en castellano se llama "cruce" o "cruce" de las calles. Apenas queda ya en las esquinas de la ciudad uno que otro guardacantón, de los que en sus buenos tiempos fueron alcahute apoyo para el veterano propasado en libaciones, el vago y mal entretenido, el tenorio de fregonas y los mozalbetes, novios aspirantes o graduados de las niñas de la *cuadra*. Desaparecieron los guardacantones; desaparecen las propias esquinas, es decir, los ángulos diedros rectos de las *manzanas*, cortadas por disposición edilicia, y ya parece tiempo de que se extingan, sobrevivencia fósil de los tiempos en que la ciudad era apenas poblacho, los sabrosos, ruidosos y estorbosos corrillos esquineros. En casi todo Venezuela, "esquina" tiene el mismo significado corriente que en Caracas; pero en algunas poblaciones juntan el significado correcto con el incorrecto y suele encontrarse la esquina de "Las cuatro esquinas". Aun en Caracas se dice corrientemente que una casa "hace esquina", que otra está "a la vuelta de la esquina", expresiones donde "esquina" está entendido como se debe.

Todas las esquinas (o cruceros) caraqueñas—y son hoy más de trescientas—ostentan su estado civil, su personalidad y están debidamente cristianadas. Cada una tiene su nombre; algunas, dos y aun tres; unas cuantas, nombre y apellido. Pocas fueron bautizadas por ministerio oficial. No sólo el pueblo ha bautizado casi la totalidad de las esquinas, sino que ha tendido por singular constancia a pugnar con toda nomenclatura oficial. A menudo, cuando la acepta, es indirectamente, por referencia, siguiendo sus leyes propias como pronto veremos.

La nomenclatura por calles repugna al pueblo de Caracas. Pasaron, y su recuerdo apenas habla a la mente de los eruditos, los nombres de “Leyes Patrias”, “El Sol”, “Los Bravos”.... y los más efímeros de “Independencia”, “Los Mártires”, “Abril”, “Seguridad”, “Democracia”..... desplegados como banderas por la Junta de 1810. Subsisten con dificultad sin arraigar en el habla popular los nombres a la americana, por rumbos y números. De los nombres de calles más antiguos, el pueblo acepta y conserva unos cuantos: la *Calle Real de la Pastora*, la *Calle Real de Candelaria*, la *Calle Real de San Juan*. Real vale aquí por principal y lo eran esas calles porque en ellas comenzaban los caminos reales. Aún conservan tal prerrogativa. Se observará que cada uno de esos nombres expresa un hecho concreto de topografía sencilla, la que el pueblo entiende y asimila. Tal es la razón de su sobrevivencia.

Un buen ejemplo de la conservación y de la desaparición de los nombres nos lo ofrece la calle Sur 4, que baja de la esquina del Conde hasta el Guaire. Por mucho tiempo conservó vivaz su designación de *Calle del Comercio*, contemporáneo de tantos otros desaparecidos. Pasando los años, llegó el de 1870. Se transformó el centro de la ciudad. Poco a poco, la mayor actividad mercantil, abandonando sus antiguos reales, caminó hacia las vecindades de la Plaza Bolívar y el Mercado Principal. Fueron épocas tristes para la antigua *Calle del Comercio*, en particular para las dos cuadras que en realidad la constituían, y

pareció que se perdería hasta el recuerdo de su nombre. Pero, en los últimos tiempos, el comercio ha rebasado el centro de la ciudad y avanza poderoso en todas direcciones, empujando hacia la periferia las habitaciones de familia. La *Calle del Comercio* ha visto renacer su movimiento, su vida mercantil, y con ellos, su nombre. Ya veremos otros casos en que siguiendo una ley muy suya, el querer popular vence su instintiva repulsa por la nomenclatura de las calles.

Los geómetras, para definir puntos en el espacio o sobre una superficie, los refieren a otros puntos y líneas conocidas. Esas referencias son lo que en el lenguaje matemático se llaman coordenadas, las famosas coordenadas que hacen papel tan fundamental en el relativismo y revisten de tan imponente misterio para los profanos las teorías relativistas de Einstein. El pueblo de Caracas es relativista a su manera y tiene su sistema propio de coordenadas para guiarse en la ciudad. Huye las grandes líneas y se aferra con terquedad a los puntos. Una esquina es en la geometría caraqueña un punto fijo; "la otra esquina" es un segundo punto fijo; y refiriéndose a ellos, por ellos queda determinada la "cuadra" que los une. Por su posición entre punto y punto fijos, quedan situadas las casas de la cuadra: procedimiento expedito que en varios países de nuestra raza da origen a nombres geográficos de la estirpe de los "Entre Ríos", cubanos, colombianos y argentinos.

Hemos visto que al pueblo de Caracas repugna la nomenclatura por calles. La regla no es absoluta. Pero las excepciones aparentes sirven para precisar mejor esa repugnancia. Digámoslo desde luego. El pueblo no pierde de vista la esquina, que es su verdadera base de referencia.

Bautizados directamente por el pueblo tenemos, fuera de las Calles Reales ya mencionadas, el *Callejón de Manduca*, el *Callejón de las Mercedes*, el *Callejón de Muchinga*, el *Callejón Penichez*, la *Cuadra Bolívar*, la *Calle Quevedo*, la *Calle de la Amargu-*

ra. (1) Bautizados con la intervención oficial, y aceptados por el pueblo, los *Callejones* distinguidos por letras A... Y... Z... y los cincuentones *Boulevares Norte y Oeste del Capitolio*, que el parisiensismo de Guzmán Blanco creó y bautizó tan galicadamente, (2) De buen grado aceptó la "vox pópuli" los *Pasajes Linares y Ramella* (de los nombres de los capitalistas constructores) como aceptó antes el desaparecido *Pasaje del Centenario* y adoptó el *Boulevard del Cristo*, derivado del nombre de la esquina en que nace. Callejones, cuadradas, boulevares, pasajes: todos exhiben una característica elocuente: no alcanzan más allá de una esquina a la esquina inmediata; el espacio estricto que basta a la mente popular para situar una casa. (3)

El habla popular expresa el hecho de la situación topográfica de las casas por dos procedimientos: estático el uno, el otro dinámico; "Entre Romualda y Manduca", que expone el hecho en sí, y "De Manduca a Ferrenquin", que presupone el movimiento, la marcha de la una a la otra esquina. Y es tan imperiosa la lógica del caraqueño en estos casos que nombra primero la esquina más céntrica y en segundo término la más distante. ¿Dónde el caraqueño auténtico para decir "Camejo a Sociedad" o "Conde al Principal" o "Santa Rosalía a Velázquez"? Antes

(1) Obsérvese el uso general de la preposición *de* cuando el nombre proviene de otro nombre conocido, cuando es una referencia secundaria; y la falta de preposición cuando la referencia es primaria. Ambas formas son castizas, como lo demostró Pedro Fortoul Hurtado en la interesante controversia con don Julio Calcaño sobre "Plaza Bolívar" y "Plaza de Bolívar".

(2) El pueblo no ha aceptado el *Boulevard Este*, de seguro por una razón de eufonía.

(3) También aceptó el *Boulevard Brasil*, de reciente formación y bautizo. Este bulevar consta de varias cuadradas; pero la excepción es sólo aparente. Los habitantes de *La Pastora* dicen "Por el *Boulevard Brasil*", y agregan: "entre las esquinas tal y cual".

recortarse la lengua, caso a la verdad extremo para todo el mundo y muy en especial para un caraqueño. (4) Y está en su pleno derecho. Como no lo está cuando profiere el gracioso barbarismo que de humilde condición y merced a nuestro irresistible impulso democrático, va en camino de crearse una posición honorable, y ya suele verse en caracteres de imprenta: "Entre las esquinas de San Miguel a San Henrique; híbrido monstruoso, que no merece la vida.

Pero nos vemos a punto de caer en terrenos de la gramática. La gramática es árida y seca. Huyamos de ella. Vamos en busca de frescura y de vida. Las encontramos, a lo menos idealmente, en las esquinas que ostentan nombres de árboles. He ahí a esos buenos amigos de los hombres sirviendo dentro de poblado como referencias, al igual de sus hermanos de los campos. Si éstos, vivos sirven de linderos efectivos, y, muertos, continúan sirviendo en "la tradición de los vecinos", y en los viejos legajos de tribunales y registros, los de Caracas viven también para el recuerdo y valen por estrellas en la navegación del mar ciudadano. No son muchos, a la verdad, y sorprende un tanto, a primera vista, su número escaso: *Los Cipreses, La Palmita, El Guanábano, El Mamey, El Aguacate, La Ceiba, El Bucare, Palo Grande, Cardones, El Cují, El Guayabal, Los Lechozos, (5) El Samán de la Trinidad, los dos Ura-*

(4) Ha de entenderse por caraqueño, no sólo el nativo de Caracas, sino también, quienquiera que vive en ella, con ella está consustanciado y vibra con el alma colectiva de la ciudad.

(5) El etimologista menos exigente pide que *lechozo* (el papayo) y *lechoza*, el fruto, se escriban con *s*. El pueblo pronuncia uno y otro vocablos con *z* y los escritores venezolanos siguen al pueblo. El suserito confiesa que prefiere la forma popular. Acaso, para el instinto del pueblo la *z* dulzona, de abolengo andaluz, traduce mejor que la *s* el sabor dulce de la fruta y de la confitura pascual que se prepara con ella.

pales. De ellos, sólo el samán, glorioso y longevo, permanece erguido y no exhibe trazas de cerrar su bella historia.

No el capricho, menos aún el azar, sino la necesidad, primero, la memoria después, han bautizado estas esquinas. Se observará que cualquiera de ellas dista más de tres "cuadras" de la Plaza Bolívar, origen y antiguo centro de la ciudad. Y es que en efecto, los nombres de árboles en Caracas son testimonio de los límites que en distintas épocas ha tenido el poblado. Pintan momentos de la evolución y desarrollo de la ciudad. En el centro, el caserío apretado; más a la periferia, solares, corralones, espacios cercados o libres, señoreados por la vegetación. Circuyendo esta zona, en partes confundida con ella, la sabana cubierta de malezas y cactus, o arbolada de cujíes, urapes, guayabos y bucares. El árbol era entonces el hito que alertaba al transeúnte, el guía para detenerlo o conducirlo.

Después del monumento natural, que es aquí el árbol, el monumento humano: el templo, el edificio oficial, la fábrica. El pueblo se sirve de ellos para referencias como el más consumado topógrafo. Son numerosos los nombres de esquinas que deben el serlo a la existencia actual o arcana, en la esquina misma o en las vecindades, de un edificio notorio. Las antiguas casas de religiosos desaparecieron al empuje renovador de 1870, pero quedan las esquinas de *Las Monjas* (Concepciones), *Capuchinos*, *Carmelitas*, *Jesuitas*, que recuerdan sus establecimientos o institutos. Desaparece el monumento material y perdura el lingüístico. Es un hecho constante en los estudios geográficos y arqueológicos. Caracas no se exime de la ley. Desapareció el antiguo estanque del Catuche, y quedó la *Caja de Agua*. Desaparecieron las antiguas defensas y fortificaciones: quedan *El Reducto* y la *Luneta de las Mercedes*. Se extinguió la Casa de Moneda, que el pueblo llamó siempre *El Cuño*, y quedó la esquina de su nombre. Fenecieron las fuentes públicas con su pintoresca y ruidosa clientela de gente pobre y humilde: quedan



la *Pilita de San Lázaro*, hoy del *Corazón de Jesús*, la *Pilita del Padre Rodríguez*, *Las Dos Pilitas*. Reemplazó el Hospital Vargas los tristes hospitales anteriores a 1889 y en buena hora quedó sólo, del pestilente hospital vecino de la Rotunda, el recuerdo en la esquina del *Hospital*. Desaparecerán los *Albañales* de San Juan y su nombre vivirá en la memoria del pueblo. Así desaparecieron, con los impuestos de alcabala y de peaje, las oficinas que los cobraban. Pasaron las cosas y perduran los nombres de *Alcabala de Santa Rosalía*, *Alcabala de Candelaria* y *El Peaje*, (camino del Valle). El progreso aventó lejos el *Aserradero* de Boulton y la tradición perpetuará en el nombre su recuerdo. Cerrados fueron los camposantos y reemplazados por el Cementerio General y secular del Sur: la esquina de *Los Canónigos* guardará, con la memoria de los que por allí moraron, el recuerdo del recatado camposanto bajo la sombra de las trinitarias que visten de púrpura los paredones arruinados. Derribada fué la vieja Casa de *Misericordia*: vive en la historia de la Revolución y en el diario trajín de la Plaza y de la esquina. Nadie, ya, si no es en deporte excursionista, va a La Guaira por el empinado camino español. En alas del vapor de agua y de la gasolina, vamos por sobre las paralelas de acero o la lisa superficie del concreto. Puertas, no las admite el concepto moderno ni el desarrollo de la ciudad. Mas, como signo de otros tiempos, queda la memoria de la jaula de hierro donde la barbarie encerró la cabeza de Ribas, cual si temiese que resucitase y se escapase en són de guerra, y el nombre de la *Puerta de Caracas*.

A un pueblo poseedor en alto grado del espíritu de observación, como es el caraqueño, espíritu que se manifiesta en apodos pintorescos, no podía serle extraño el aspecto físico de los lugares. Abundan los nombres de sitios que traducen por modo directo o por relaciones muy curiosas, el aspecto que un día tuvieron o conservan. De este grupo son: *El Abanico*, *Bajo la Tierra*, *El Empedrado*, *Las Gradillas*, *Camino Nuevo*, *Cañada de Luzón*, *Desbarrancado*, *Ho-*

yada de San Lázaro, Voludero, Piedras, La Roca Tarpeya, Tienda Honda.

La tradición no hace distingos. Perpetúa hasta los accidentes triviales que han impresionado por algún tiempo la mente popular. Luego, el nombre concreto vive más que la cosa originaria. *El Hoyo Vicioso* de la Avenida Sur, *El Principal, El Coliseo, La Pelota, El Horno Negro*, nada dicen a los caraqueños que ahora van al cine, al dancing y al football; pero los caraqueños que duermen por millares en *Los Canónigos*, bajo el piso de los templos, en torno de Altagracia y del Teatro Municipal, en la Misericordia, Los Hijos de Dios y Tierra de Jugo, tiran de nosotros por el hilo de la tradición y acaso rien irónicamente al arrancarnos ese homenaje, más sincero que el ruidoso y bastante irreverente de "Todos los Santos".

Si el lector no está fatigado y harto de esta larga tirada de nombres y filosofías, vamos a ver cómo la ciudad escribe historia, la menuda, porque la otra, la de grande orquesta, la ha ejecutado tan a lo grande que no hay riesgo de que pueda olvidarse.

Caracas no da al olvido que fué ciudad sin alumbrado público y que tuvo sus terrores. Lo conmemora en el *Candilito* de Candelaria, el de Santa Rosalía, *El Muerto*, y según tradiciones no bien fundadas, en *Las Animas*. Es también biógrafa a su manera e inmortaliza a los humildes, a los casi desconocidos, en cuyas vidas oscuras interesa a los pósteros. Nace de allí el respetable grupo de los nombres de héroes populares, que no se fundieron en el molde de los próceres, pero resultaron proceros, luego epónimos, en su cuadra y en su esquina. Son, por sus nombres de cristianos, diminutivos o apodos, a que fué siempre aficionada Caracas, *Miguelacho, Puerto Escondido, No Pastor, Na Romualda, Pepe Alemán, La Gorda, La Viuda, El Quebrado, Marcos Parra*. Pese a su índole democrática, sabe Caracas rendir homenaje a los títulos eclesiásticos y académicos. Trata con respeto cariñoso a los dos únicos sacerdotes rememorados, el *Padre Sierra* y el *Padre Rodríguez*, y a

los tres doctores que revestidos de su título, como si dijéramos, de borla y muceta, representan a la Facultad: el *Doctor Díaz*, de célebre memoria, el *Doctor Paúl* y el *Doctor González*. Menos ceremonioso con otras personas, las recuerda con cierta familiaridad, por sus solos apellidos: *Acevedo*, *Amadores*, *Avilanes*, *Bárceñas*, *Monzón*, *Camejo*, *Colón*, *Luzón* (Cañada), *Ibarras*, *Machillanda*, *Madrices*, *Marrón*, *Muñoz*, *Arguinzones*, *Peláez*, *Pineda*, *Torrero*, *Piñángo*, *Planas*, *Poleo*, *Salas*, *Socarrás*, *Solis*, *Moreno*, *Toro*, *Veroes*, *Velázquez*.... Forman esos apellidos y las personas que recuerdan, toda una gama social, desde el comerciante humilde, el tipo popular, hasta las familias de copete. Ni falta un magistrado que haya tenido a su cargo la presidencia de la República. Familias extintas como la de *Arguinzones* o *Arguinzonès*, (6) se extinguieron asimismo en el recuerdo popular. Otras, como la de *Marrón*, siguen viviendo, no sólo en sus descendientes que llevan diversos apellidos, sino en la diaria vida vulgar de la ciudad. Viven y alientan en la ciudad. Y la ciudad guarda sus memorias con el mismo fervor igualitario con que guarda la tierra el polvo de sus restos.

Llegamos a los nombres religiosos. Su número es considerable, y tiende a ser desmedido en los últimos años. El plano de Caracas va en camino de convertirse en un santoral. Estos nombres no reconocen origen idéntico ni responden siempre a un sentimiento directo de devoción. Tenemos en primer término los provenientes de los antiguos y los modernos templos de Caracas. El edificio impone el nombre, con el mismo título que otro edificio cualquiera. Siete iglesias parroquiales han apadrinado otras tantas esquinas. Una, la principal, la que ostenta eminente categoría de metropolitana, suministra la única excepción. Aquí se deja ver al desnudo el alma popular. *La Torre* se impone por

(6) La antigua esquina de Arguinzones lleva hoy, según es sabido, el nombre de *Maturín*.

sus dimensiones, por el papel singular que desempeña en la vida civil de la ciudad, (7) y relega a segundo término la misma iglesia histórica, de que es parte culminante. Las iglesias filiales, *San Francisco*, de memoria inmortal, *La Santa Capilla*, recuerdo de la "Ilustre" francofilia, *Las Mercedes*, *La Trinidad*, *El Corazón de Jesús*, *Santa Rosa*, imponen sus nombres como las iglesias parroquiales. Las desaparecidas *San Lázaro*, *San Pablo*, *San Jacinto*, gritan los suyos con voces de ultratumba por cima del bullicio del taller, el teatro y la plazuela.

Tenemos en seguida, la serie de las *Cruces*, nacidas de aquellas que almas sencillas y piadosas colocaron en los frentes de sus casas. Por mayo las vestían de flores y celebraban su fiesta con música, luces y cohetes. Son la *Cruz de Puncetes*, la *Cruz de Candelaria*, la *Cruz Verde*, la *Cruz de la Vega*, la *Crucesita*.

El tercer grupo lo forman los sobrevivientes de aquella formidable batalla ganada por el Obispo Diez Madroñero y varias veces perdida después de su muerte. Don Aristides Rojas nos ha relatado a lo vivo y por menor esa instructiva historia en "Caracas fué un convento". Pasó el piadoso obispo. De él queda la memoria y de su obra algunos restos, siguiendo la suerte de todo lo humano aunque tienda a lo divino. Cuanto al bautizo de cuadras y esquinas, notaremos que se cumplió la regla general, si nó ineludible. Sobrevivieron los nombres respaldados por una imagen concreta y material. El nombre se aferró al nicho, la imagen y el farolillo. Donde ninguna imagen material u otra circunstancia concreta la grabaron en la mente del pueblo, le fué infiel la memoria popular. Los conductores de

(7) La esquina de *La Torre* es el origen de las coordenadas oficiales. En ella se cruzan las Avenidas cardinales Norte-Sur, Este-Oeste, que son los ejes del sistema. Cuanto a la torre misma, regula la existencia de Caracas, con el acento penetrante de su reloj, que cada quince minutos nos llama a las realidades de la vida.

multitudes saben de esta psicología y al través de los siglos la lección se repite con admirable constancia. Cruz del cristiano, banderas nacionales, estandartes, penachos, escarapelas, divisas, águilas, en tales símbolos se concretan la religión, la patria, las ideas, y por ellos, desafían la muerte, y la dan y la reciben las multitudes. El pueblo, como la naturaleza, no sabe, no entiende de abstracciones.

A tal extremo, que mientras la iniciativa oficial, iniciativa de gente leída, ha rehecho y deshecho nuestra geografía, cubriendo el territorio de la República con los nombres de nuestros héroes, la memoria popular, no obstante amarlos, opone resistencia, casi siempre triunfal, a la nomenclatura erudita. Los escasos nombres patricios de las esquinas de Caracas, no son manifestación de la gratitud popular. El pueblo nos los usa sino como referencias, y para eso lo mismo le sirve José Domingo Díaz que el *doctor Paúl*, lo mismo el ínclito *Miranda*, que el popular *Puerto Escondido*, lo mismo el *Negro Primero* que el canario *Miguelacho*.

El nombre oficial pasa a ser adoptivo del pueblo, siempre por referencia. Los gobiernos bautizan los puentes y las plazas: el pueblo refiere la esquina a la obra oficial y eso es todo. El Puente "*Miranda*" engendró la esquina de *Miranda*; el de "*Curamichate*", la esquina actual; el del "*Negro Primero*", la esquina de este nombre.

A veces la lucha entre el nombre oficial y el del pueblo asume caracteres jocosos. En muchas poblaciones de Venezuela, donde hay una colina que domina el poblado, la colina se llama "*El Calvario*". Es una asociación de ideas religiosas y caracteres físicos. En Caracas la asociación ha llegado hasta bautizar una callejuela tallada en la roca, que se recorre dando tumbos y conduce al *Calvario*, con el nombre de *Calle de la Amargura*. Guzmán Blanco transformó la colina árida en un paseo que los extranjeros celebran y admiran. Se le bautizó en su tiempo, acatando las debilidades del Ilustre, "*Paseo Guzmán Blanco*". El pueblo, imperturbable, si-

guió llamándolo *El Calvario*. Cambiaron los tiempos; desapareció el poderío de Guzmán y oficialmente se rebautizó el Paseo con el nombre de "Independencia". Trabajo perdido. El pueblo, tan imperturbable como antes, siguió llamándolo *El Calvario*. Cuando el mismo Guzmán echó sobre el Guaire el primer puente metálico que hubo en Caracas, se le bautizó "Regeneración". Nada decía al pueblo este nombre abstracto, y, por su cuenta, aferrándose al hecho concreto, denominó la obra *Puente de Hierro*. Y *Puente de Hierro* se quedó. Y *Puente de Hierro* decimos medio siglo después cuando pedimos al colector del tranvía billete de correspondencia para la línea del Sur. Y *Puente de Hierro* ostenta en grandes letras el carro mismo que nos conduce. Poco más o menos ocurrió con el "Puente Guzmán Blanco" que después de algunas peripecias se quedó *Puente Yanes*, por el hecho concreto de que el patricio historiador vivió a pocos pasos de allí en la casa de su tío el doctor Socarrás. (8)

No escapa la mente del pueblo a las leyes de la asociación y la combinación lógicas, y las aplica a la nomenclatura de las esquinas con sentido gráfico o pintoresco. Para ir al *Calvario* tiene de tiempo atrás la *Calle de la Amargura* y tras el *Calvario*, ahora, el caserío de *El Martirio*. Después de *La Fe*, viene *La Esperanza*; en seguida *La Caridad*. Frente al *Peligro*, esquina en otros tiempos oscura y azarosa, otra no mejor reputada antes, con su nombre

(8) Caso curioso! En vano intentó Guzmán Blanco perpetuar su nombre en los sitios públicos de Caracas, teatro, paseo, puente. Con toda su autoridad, su tonante prestigio, se estrelló contra las leyes naturales. Su famoso padre, Don Antonio Leocadio, fué, sin pensarlo, más afortunado. Merced a él, subsiste el apellido Guzmán en una esquina de Caracas. Lo que el bautizo oficial no pudo alcanzar, lo hizo el pueblo siguiendo sus leyes inmutables. Tal como recuerda a otros personajes en *Hacienda del Conde*, *Sabana de Crespo*, *Quinta Crespo*, rememora al "viejo Guzmán" en la *Quinta Guzmán*, al norte del *Guandábano*.

que todo lo dice en caraqueño típico: *Pele el ojo*. A los caseríos fundados tiempo ha en las tierras aledañas de Caracas y en cierto modo separados de ella, los llamó *Estados* y los bautizó con apellidos, combinando la idea de la Federación con los patronímicos de los señores de la tierra: el *Estado Zamora*, el *Estado Vallenilla*, el *Estado Sarría*. Incorporados ya con la ciudad, urbanizados y enriquecidos, los *Estados* perdieron su individualidad y por lo tanto sus nombres. El *Estado Zamora* fué absorbido por "San José". *Vallenilla* suena aún de tiempo en tiempo, en boca de los habitantes de "La Pastora". *Sarría*, el más nuevo y más retardado, conserva la vitalidad popular.

Hoy, mismo, se cuentan varios barrios o caseríos, en su primer período de evolución. Su relativo aislamiento de la ciudad la traduce el pueblo en nombres de geografía política: *Colombia*, *Las Canarias*, *Buenos Aires*. Es una tendencia que ha sucedido a la de los *Estados*. Otros caseríos en pleno progreso, derivan sus nombres de épocas más distantes: *El Mamón* (por el sitio que sombreó un árbol de esta especie). *Tierra de Jugo*, (por el Cementerio y la sabana), *Quebrada Honda* (por el aspecto físico del riachuelo).

Monte de Piedad merece párrafo aparte. Perpetúa la memoria de épocas tristes, tiempos de miseria, en que los casuchos pobres se encaramaban por las áridas colinas del Oeste y se amparaban sus moradores con el triste recurso a las casas de empeño. *Monte de Piedad*, juego de palabras, mezcla de emoción, e ironía, que traduce tan bien las características del alma nacional.

Lo abstracto lleva la peor parte en la lucha con lo concreto. A veces, lo abstracto se perpetúa en ciertas esquinas; pero siempre es posible encontrar el eslabón de carácter material y concreto que ha permitido la duración del recuerdo. Ya es un edificio, ya una inscripción mercantil. Así ha quedado hasta hoy, indeleble en la diaria mención, *la Sociedad Patriótica* de 1811; el movimiento poli-

tico de *la Concordia*; el *Bloqueo* de 1905; el desembarco de Guzmán en *Curamichate*; el Paso del *Arauca*; la predicción de *Casacoima*; la acción de *Santa Inés*. El hecho concreto, con mayor razón el abstracto, ceden a un nuevo hecho concreto. El nombre de *Las Monjas* cedió el puesto en pleno centro de la ciudad a *La Opinión Nacional*, cuando el célebre periódico de Aldrey, después de instalar sus maquinarias en el edificio libre de la esquina, plantó un arrogante farol en la acera, y erigió un asta, coronada no por una lanza o un águila, sino por dorada pluma que hacía de veleta y denunciaba el viento reinante. ¿De quién fué la infeliz idea de la giraldilla? Excusado es decir que el talento epigramático de Caracas halló presa facilísima en la pluma-veleta, pero la esquina se llamó por algún tiempo de *La Opinión Nacional*. En 1892, las furias populares desatadas arrasaron los talleres de *La Opinión* y poco después se restauró el edificio y en él se instaló, con lujo que se tenía entonces por insuperable, la botillería de *La Francia*. Y la esquina pasó a llamarse como la botillería, no por nuestro viejo y probado amor a la patria de Voltaire, nó por volterianismo, sino por un hecho concreto y por espíritu volteriano. Con los años decayó de su primitivo esplendor el establecimiento y la memoria popular que por dos veces había sido infiel a *Las Monjas*, volvió al redil y al nombre histórico.

El recuerdo de *Tamanaco* señoreó por luengos años la sabaneta vecina del Guaire que en tiempos no tan remotos se poblaba de vistosos y caudales papagayos armados de puntillas. Primero, la fábrica de fósforos, *La Fosforería*, cubrió el nombre del cacique patriota y valeroso. Después, la urbanización ha borrado su recuerdo. *El Teque*, barrio otrora célebre por el espíritu agresivo de sus moradores, perdió el nombre y la agresividad. Gente laboriosa y pacífica lo habita. La urbanización y la viabilidad realizaron el doble prodigio. *Tierra de Jugo* sobrevive cincuenta años después de construido el Cementerio General del Sur ya poblado por

dos generaciones, sacando triunfador su nombre de tradición por sobre el nombre oficial. *La Pólvora* se apoya, para sobrevivir, en el destruido y restaurado "Polvorín".

Y ahora ¿cuál porvenir puede augurarse de los nombres que día por día vienen a inscribirse en el nomenclátor de la creciente Caracas? Vemos cumplirse aquí y allá las mismas leyes naturales que en el pasado. Vemos a *Los Manguitos* en *Sarría*, a *Los Caobos*, en el *Ensanche*, marcando límites del poblado, como lo marcaron antaño sus hermanos, de cuyas vidas sólo queda el recuerdo. Vemos orillas de *Quebrada Honda* un segundo *Bajo Seco*, resurrección o reproducción de aquel otro que demoró orillas del *Caroata*, celebrado por *Reina*, combinación del aspecto físico y alusiones histórico-políticas. Vemos nuevos nombres pintorescos, *Cola de Pato*, *La Mansión*, *Nuevo Mundo* (caserío), *Pueblo Nuevo*. En cambio, asistimos a un fenómeno imprevisible. En ciertas porciones de la ciudad novísima, la iniciativa popular parece cansada. Los nombres religiosos se suceden en larga serie monótona. El plano de esas porciones resulta una prolongación del almanaque.

En el trascurso de siglos, la ciudad había repetido raras veces los nombres, y en cada caso lo justifica el origen. Se cuentan dos esquinas de *El Gobernador*, dos *Candilitos*, tres *Alcabalas*, tres *Pilitas*, varias *Cruces*, dos *Delicias*, dos *Urapales*. En los tiempos últimos se repiten viejos nombres sin razón aparente y se reproducen los nuevos a pocas cuerdas de distancia. Otras señales no concuerdan con la idea de un avivamiento en la devoción religiosa. Hay que atribuir el fenómeno a un debilitamiento de la iniciativa popular.

Se entiende de esa iniciativa oscura, anónima, instintiva, y por lo mismo tan segura, tan ceñida a las leyes naturales. De las varias referencias individuales, se repiten las más lógicas, las más adecuadas, las más pintorescas, y un día surge el nombre que todos repiten y se instala por derecho propio,

de modo definitivo. Es la creación plebiscitaria, que nadie puede atribuirse, involuntaria e inconsciente. La repetición de nombres escogidos sin límite en el santoral, está indicando el reemplazo de aquella creación instintiva por una iniciativa deliberada. En todo caso, un desfallecimiento o una desviación de la vieja alma colectiva. Y es que, solicitada por mil factores nuevos, se va la ciudad vieja, en las casas y las almas.

¿Perdurarán todos esos nombres de santos que no hablan el mismo lenguaje elocuente de los viejos patronos de Caracas? ¿O quedarán sólo algunos sobrevivientes afortunados, en el futuro oleaje de los tiempos? Por la segunda probabilidad responden la historia de la empresa del Obispo Diez Madroñero, y la de nuestra geografía colonial. Esto, si no sucede algo más hondo, y es la caducidad de la nomenclatura del pueblo, el abandono, por él mismo, del viejo y querido sistema de esquinas de Caracas.

La materia está lejos de agotarse. No me atrevería a pensar lo mismo de la paciente atención de los lectores. ¿Qué enseñanza puede quedarnos de esta larga recorrida? Los nombres de los sitios caraqueños han perdido quizás un tanto de su prestigio fundado en el misterio. Poco importa. En cada esquina, en cada sitio, el hombre deja el hilo de sus tristezas, ambiciones, apetitos y arrebatos. Con ese material rudo, la poesía del pueblo teje la tela embrujadora de sus tradiciones. En cambio del misterio atrayente, hemos visto, cómo, bajo el aparente capricho y el voluntarioso azar, leyes rígidas encauzan la marcha del pueblo, que, sin sospechar la ironía de la vida, la obedece, con la misma docilidad y ceguera con que a la insobornable gravitación obedecen los astros...